

**MISA FUNERAL DON ANTONIO MONTERO MORENO, ARZOBISPO EMÉRITO DE MÉRIDA-
BADAJOZ (18.06.22-CATEDRAL DE BADAJOZ)**

Queridos fieles:

«Señor, ¡qué bien se está aquí!» (Mt 17, 4). Estas palabras de Pedro, proclamadas en el Evangelio, iluminan y llenan de gozo nuestro peregrinar en esta tierra, con la esperanza de estar con Cristo: “estar con Cristo, estar con el Señor! “.

Esta es la esperanza del cristiano, que nos dispone a “no amar tanto la vida presente que desesperemos de la futura, que desesperemos ante la muerte” (cf Ap 12,11), como afirma el libro del Apocalipsis de los mártires.

La Iglesia siempre celebra el funeral de sus hijos en la esperanza, porque «aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad». En esta Eucaristía de exequias por el eterno descanso de nuestro querido don Antonio, damos gracias a Dios por su vida, por su fecundo ministerio sacerdotal y episcopal y pedimos al Padre, por medio de Cristo en el Espíritu Santo, que le conceda la vida eterna, con Él, en el cielo y la resurrección final.

Así le hemos pedido al Señor en la Oración colecta: Oh, Dios «.....escucha nuestras plegarias y haz que el que fue pastor de nuestra Iglesia pase ahora al banquete festivo de su Señor».

El misterio de la resurrección de Cristo es anunciado y vivido por la Iglesia en cada hijo, en cada hija, que deja este mundo. La Iglesia, desde el mismo día de la resurrección del Señor y, sobre todo desde Pentecostés, es testigo perenne de la victoria sobre la muerte.

En la resurrección de Cristo, la Iglesia anuncia incansablemente la vida y es fuente de vida en sus sacramentos: nos injerta en la misma vida de Cristo, que se ha manifestado más allá del límite de la muerte; nos da generosamente esa vida de Cristo, que es más fuerte que la muerte. Estemos seguros de Jesucristo y «de esa gracia que se ha manifestado al aparecer nuestro Salvador, que destruyó la muerte y sacó a la luz la vida inmortal, por medio del Evangelio» (1Tm 1,10) y así «Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros» (Rm 8,11).

Por eso, la Iglesia es el mejor sitio para vivir y para morir, si somos fieles. Don Antonio ha sido un hijo fiel de la Iglesia. La ha servido y amado como fiel cristiano, como sacerdote y obispo, primero como obispo auxiliar en Sevilla y después como primer arzobispo de Mérida- Badajoz.

Don Antonio ha dejado huella profunda en esta Iglesia particular. No soy el más indicado para enumerar tantas iniciativas y trabajos en favor de la Iglesia, y de esta archidiócesis en particular. Solamente quisiera destacar dos que, por su importancia, perduran: la creación de la Diócesis de Badajoz como archidiócesis de Mérida- Badajoz y Metropolitana de la nueva provincia eclesiástica en Extremadura y la convocatoria del Sínodo Pacense que tuvo lugar en 1992.

Además, durante sus más de veinte años de servicio a la Iglesia aquí, en Mérida-Badajoz, impulsó el nacimiento y desarrollo de tres obras sociales: el “Proyecto Vida” para persona drogodependientes, y los centros de acogida para personas necesitadas en Badajoz y Mérida. Verdaderamente, podemos decir que «tomó parte en los duros trabajos del Evangelio» (1Tm 1,8), contando con la fuerza de Dios, como pide Pablo a su fiel discípulo Timoteo.

Su labor fue también reconocida a nivel civil con la concesión de la medalla de Oro de Extremadura y nombrado Académico de la Real Academia de Extremadura.

Con todo ello, yo lo conocí siempre como hombre sencillo, alegre, abierto al dialogo, gran comunicador. Lo conocí así, como muy consciente de eso que hemos proclamado en el libro de la Sabiduría: «la vida de los justos está en manos de Dios y ningún tormento los alcanzará» (Sb 3,1). Trasmitía paz y confianza en Dios.

Dios fue la parte de su heredad; por eso ahora se alegra su corazón y su cuerpo reposa tranquilo porque el Señor «le enseñará el camino de la vida; le saciará de gozo en su presencia, de alegría perpetua a su derecha» (Sal 16).

«Parare vías Domini»: Preparad los caminos del Señor. Este fue su lema episcopal. Que la Virgen María, nuestra Madre, en su advocación de Guadalupe, lo acompañe en ese «camino de la vida», hasta la presencia del Dios vivo.

+ Celso Morga Iruzubieta
Arzobispo de Mérida-Badajoz